Es tan difícil mantener por mucho tiempo en equilibrio las voluntades como los cuerpos; y de ahí nacen las luchas de los elementos y las de los hombres. Un terremoto es la batalla de unos flúidos subterráneos que pugnan por hallar salida; un volcan, una tempestad, un bravo temporal de agua ó de viento, son otras tantas batallas, y expansiones de ira con que llama nuestra atencion la naturaleza; los antiguos decian que un cometa como el que vimos en 1858 era un anuncio infalible de guerras y devastaciones, y los modernos dicen que en sí aquel astro es ya una batalla en que la fuerza centrípeta lucha con la centrífuga. Estas pugnas de los elementos se diferencian de las batallas humanas en que no vemos en ellas una voluntad, sino una necesidad, de suerte que son la expresion de un cuerpo que se eleva en el aire por ligero ó se viene abajo por pesado, y sube ó baja sin quererlo. Y si en su ascenso ó en su descenso ocasiona daños y desastres, nadie podrá imputárselos. No así las batallas de los hombres que son la síntesis de muchas iras, la ejecucion de un designio, y la realizacion de algun acto de aborrecimiento. El provocador es en ellas el responsable, porque la lucha es por su parte voluntaria; y por parte del que se defiende es necesaria.

Bonaparte decia que una batalla es una accion dramática que tiene su exposicion, su nudo y su desenlace. La primera está en los movimientos de los ejércitos que se van acercando, el segundo en los contra movimientos que obligan á adoptar nuevas disposiciones y conducen á la crísis de donde nace, á veces de una pequeña maniobra, el desenlace. Este depende de un instante, de un pensamiento; las brigadas se acercan, se mezclan, se baten, y en el momento supremo una chispa moral dá el fallo, y una débil reserva le ejecuta. Los romanos tenian un órden de batalla constante; en los tiempos modernos varia segun las circunstancias. Aquellos formaban tres líneas, á cincuenta toesas de distancia una de otra, y colocaban la caballería en las alas: ahora el órden de batalla está en el golpe de vista, en la topografía del terreno, en la experiencia, y sobre todo en el genio del general en jefe.

Una cosa pasa en las batallas de los hombres que tambien se observa en las de las hormigas. Júntanse muchos miles de combatientes, renunciando á su propia voluntad, y obedecen á ciegas al que les da impulso. No tienen odio al enemigo, y sin embargo van á matarle porque así se lo mandan. Todos tienen apego á la propia existencia, y no obstante se desprenden de ella por dar gusto á su señor y amo. El campo de batalla de los hombres, lo mismo que el de las hormigas, queda sembrado de cadáveres; los combatientes ganan posiciones, desalojan á sus contrarios, los maltratan, los ahuyentan, ó los reducen á cautiverio. La organizacion militar de las hormigas no ha sido suficientemente estudiada, ni sus batallas han sido objeto de una observacion detenida. Tal vez sea porque el hombre se avergüence de mirar en tal espejo lo que él juzga la sublime expresion de sus enojos, y se corra de pensar que acaso no sea poesía sino historia el himno de guerra que Beranger dedicó á aquellos diminutos y misteriosos seres. Pero las hormigas tienen para entregarse á su furor una disculpa que no les asiste á sus grandes imitadores. No se sabe que aquellas rindan culto á un árbitro supremo, y puede presumirse que sus batallas son una exigencia muscular, mas bien que el resultado de una deliberacion de la mente. Pero las batallas humanas constituyen la degradacion del alma.—*...*...*...

El secretario de la redaccion.—Tomas Gorchs.

CORRESPONDENCIA.

Génova, 22 de junio.—Ayer y hoy han sido dos dias de emociones para esta bella y populosa ciudad. Por un decreto del príncipe Eugenio de Saboya, lugarteniente de S. M. Víctor Manuel, la guardia nacional ha sido llamada á suministrar inmediatamente cuerpos destacados para el servicio de la guerra. Este decreto fué trasladado por el conde de Cavour al comandante general de la guardia nacional de Génova, diciéndole que habia llegado el caso de que ésta suministrase seiscientos veinte y cinco hombres para la formacion de dicho destacamento. Ayer fué el dia designado para la marcha de este cuerpo. A las tres de la tarde todo Génova, sin distincion, se dió cita en los pintorescos jardines de Acquasola, donde los nacionales debian formar en parada, siendo revistados por el general antes de su partida. A la una de la tarde estaban ya los jardines llenos de gente, y por cierto que era curioso ver aquella inmensa multitud de amnos sexos con toda su variedad de trajes y colores, soportando los rayos de un sol ardiente y agrupándose con muestras del mayor entusiasmo al lado de los nacionales que iban llegando uno á uno con su saco de viaje, su fusil al hombro y su capote en bandolera. Es preciso que le advierta á V. que los nacionales pertenecen aquí á las familias mas distinguidas y selectas de la poblacion. Por lo demas, repito, era curioso ver toda aquella multitud. Los curas con su sombrero tricornio pasaban por junto á las hermosas damas de Génova que lucian su airosa mantilla blanca, los

frailes de todas órdenes,—porque aquí hay frailes,—se codeaban con el zuavo de tostado rostro y morisco traje; los caballeros elegantemente vestidos se mezclaban con el marinero y el hombre del pueblo. Todas las clases estaban confundidas ofreciendo un admirable espectáculo.

Formóse la guardia nacional en órden de parada, recibió la bandera del batallon, y los oficiales prestaron juramento. Pasados en revista por el general, el caballero síndico de la municipalidad, Sr. Morro, les dirigió una proclama, cuyo espíritu y letra fueron los siguientes:

«Ciudadanos nacionales: vuestro cuerpo está destinado á dar la guarnicion de la fortaleza de Alejandría y vais á partir en seguida. Aquellos de vosotros que han sido llamados á formar parte de este cuerpo, deben alegrarse de ser ellos los escojidos para llenar tan noble é importante mision. Otras Guardias Nacionales de nuestro reino han pagado ya con gozo este tributo á la patria. La Guardia Nacional de Génova, que no cede á otra alguna en amor patrio y en adhesion al Rey que generosamente combate para el italiano rescate (l' italiano riscatto), soportará voluntariamente ese sacrificio, consolándose con la idea de que, al par que cumple un deber sagrado, concurre así al triunfo de la gran causa que está decidiéndose ahora en los campos de Lombardía. Tantos cuantos mas sean los nacionales á quienes se confíe la custodia de la fortaleza de Alejandría, tantos mas serán los soldados de que nuestro Rey pueda disponer para batir al enemigo comun».

Terminada esta proclama, la Guardia empezó á desfilar precedida por la música que tocaba un aire nacional y patriótico. Entonces fué cuando tuvo lugar un espectáculo solemne, de que yo fuí testigo de vista, pues que confundido con el pueblo fuí siguiendo á los nacionales hasta la estacion del ferro carril. Por de pronto al primer toque del tambor y al primer movimiento del batallon poniéndose en marcha, reinó un silencio sepulcral y ví á varias elegantes damas que llevaban el pañuelo á sus ojos para enjugarse las lagrimas. Eran madres, esposas ó hermanas de los nacionales, y su tristeza provenia no tanto de la partida de sus deudos, cuanto de la noticia que circulaba de que el destacamento pasaria sin duda de Alejandría al suelo lombardo, donde tendria que dar guarnicion á alguna de las plazas desocupadas por los austriacos.

En medio de este silencio y de esta tristeza, la Guardia comenzó á bajar la calle abovedada de árboles que conduce á los jardines de Acquasola y entró en la plaza de la «Fontana amorosa». En esta plaza estaba lo mas selecto de la sociedad de Génova. Todo el ámbito de la plaza estaba ocupado por caballeros, mientras que los balcones de mármol de toda la larga doble línea de soberbios palacios que forman la «Via Nuova», estaban llenos y atestados de señoras ricamente vestidas. Al atravesar la guardia esta plaza y al penetrar en la calle de los palacios, fué objeto de una ovacion que no hay términos hábiles para esplicar. Un ruidoso aplauso y un general palmoteo que se fué prolongando sin cesar, acogió á los nacionales, poblando el aire estrepitosos gritos de Viva la Guardia! y lloviendo flores sobre ellos de todos los balcones. No exagero nada este entusiasmo, antes bien lo rebajo; lo que le puedo decir á V. es que en medio de aquella ovacion, mucha gente se puso á llorar, y yo, sin saber porque, sentí mis ojos humedecidos por las lágrimas como mi mismo compañero de viaje y muchos otros.

Esta fué la emocion de ayer. Hoy lo ha sido la llegada de Kossut. Los diarios de ayer tarde habian anunciado que el célebre jefe del levantamiento de Hungría llegaria esta mañana á las seis en el vapor de Marsella. Mucho antes de la hora, el puerto estaba lleno de gente y de carruajes, preparándole una popular acogida. A las siete y media ha llegado á la escalinata del puerto la góndola que lo conducia, siendo recibido por un aplauso general de toda la gente que le esperaba. Kossut, de pié en la góndola, ha contestado á los aplausos quitándose el sombrero y saludando á todos con la mayor finura. Entre la concurrencia que le esperaba habia varios curas, y uno de estos ha sido el primero que le ha estrechado afectuosamente las manos, lanzándose á el así que le ha visto poner el pie en tierra. Kossut es un hombre de estatura mas que mediana, entrecano, de figura simpática, pero fuertemente acentuada. Vestia un pantalon negro, una levita de verano de color oscuro, y llevaba un hongo gris. Sin detenerse un solo instante en el puerto, ha subido á una carretela descubierta con dos caballos, y se ha marchado rápidamente con los que le acompañaban, á los gritos de viva Kossut lanzados por la muchedumbre.

El telégrafo les habrá dicho á Vds. al mismo tiempo que á nosotros las noticias llegadas hoy, y por esto no las menciono.

Es positivo que los austríacos han vuelto á ocupar Montechiari, que habian primitivamente abandonado. Ya sabrá V. que Montechiari era el centro de las operaciones de Radetzki en 1848. Garibaldi, que estaba anteayer en Salo junto al lago de Garda, mas allá de Brescia, tuvo que retroceder dos dias antes, habiendo sufrido bastante junto á Orzinovi, que está cerca de la llanura de Montechiari y Castiglione. El famoso guerrillero queria hacer un reconocimiento sobre Montechiari, pero se vió atacado por fuerzas infinitamente superiores, y hubiera sufrido pérdidas considerables á no llegar en su auxilio el general Cialdini, el cual protegió su retirada, operacion que fué muy hábilmente dirigida, segun me ha asegurado persona muy inteligente y que por su posicion se halla bien informada. La pérdida de Garibaldi ha sido de unos cien hombres. Cuéntase que habiendo quedado uno de sus cazadores en poder de los austríacos, se hizo saltar la tapa de los sesos con un revólver. Prefirió morir á quedar prisionero.

Los periódicos franceses echan cálculos sobre el plan de campaña de Napoleon, pero lo cierto es que cual sea este, nadie lo sabe. Me consta que las autoridades mismas de esta poblacion, pues he hablado con algunas de ellas, están ignorantes de todo. Los periódicos podrán decir lo que quieran ó lo que les convenga, pero lo cierto es que Napoleon III, aleccionado con lo que sucedió en 1848, en que el mejor espía de los austríacos fué la prensa, rodea sus planes del mayor misterio guardando sus mas allegados un profundísimo secreto. Esto que le digo á V. me consta, á si hay algun periódico que llega á traslucir algo ó que adelanta alguna idea que puede ser